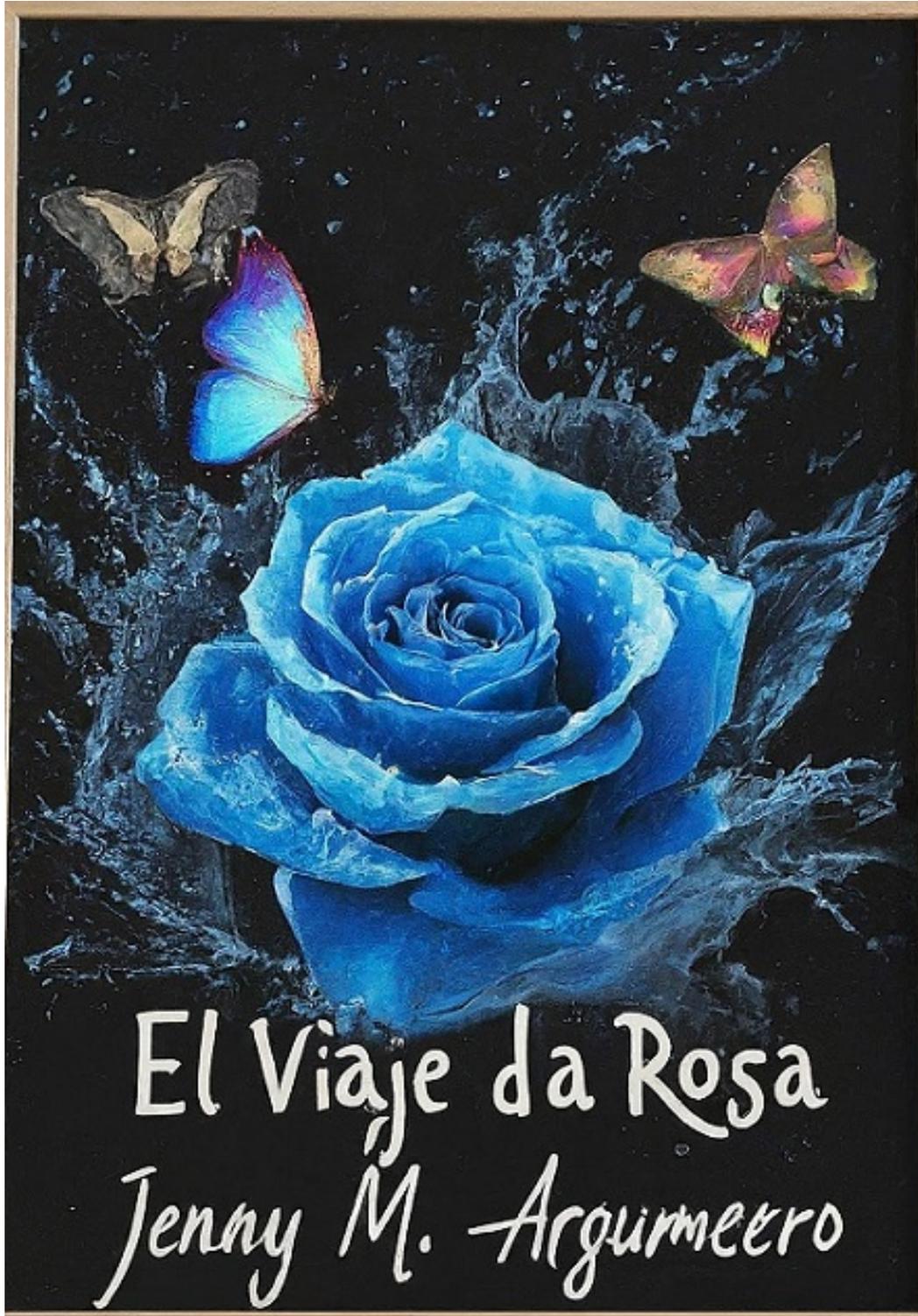


El viaje de la Rosa

Jenny M. Argumero



Capítulo 1

EL VIAJE DE LA ROSA

CAPITULO 1

Emma se libró de las cadenas de su pasado, dejando atrás los temores y la rutina que la habían aprisionado durante años. Su renacer fue como el deshielo de una montaña, violento e imparable, no dejó tras de sí nada ni a nadie impassible.

Casada a la tierna edad de 15 años, se vio envuelta en una vida dictada por la decisión de su padre. Un mes después, se encontró convertida en esposa, unida a un hombre llamado Pedro. Había soñado con una vida diferente desde que era una niña. Imaginaba viajes a lugares lejanos, aventuras emocionantes y un amor verdadero. Pero su matrimonio con Pedro la había convertido en una sombra de sí misma.

Pedro era un hombre decente ante los demás y su matrimonio pronto alcanzaría su trigésimo aniversario. Cinco hijos bendijeron su unión, y él era a su parecer un buen proveedor de comida, refugio y protección. ¿Qué más podía pedir una mujer? Pero en realidad Pedro era un hombre controlador y posesivo. No le gustaba que Emma tuviera amigos o intereses propios. La consideraba su propiedad y la trataba como tal.

Sus hijos, en busca de mejores oportunidades, se habían aventurado en la ciudad hace un par de años, ahora adultos con familias propias. La esperanza de su regreso disminuía con cada día que pasaba.

La granja, una vez vibrante, ahora mostraba las marcas del descuido. La atención de Pedro había disminuido, el número de animales se reducía y la tierra cultivada se encogía. Pasaba cada vez más tiempo en el bar local, refugiándose en la bebida.

A los 45 años, Emma era una mujer menuda, su cuerpo delgado y sus manos ásperas por años de trabajo. Sus pequeños ojos marrones tenían una chispa de vivacidad e inteligencia, pero un toque de tristeza persistía en sus profundidades. Alguna vez soñadora, ahora se encontraba atrapada en las garras del aburrimiento.

Emma seguía su rutina de 30 años, se levantaba con el sol, atendía los animales: ordeñaba las vacas, daba de comer a las mulas, gallinas y cerdos, atendía la huerta casera, cosechaba las provisiones para la comida del día, lavaba la ropa sucia, sin hijos y sin obreros que atender la verdad su trabajo era menor que hace un par de años.

Emma sabía que tenía que escapar de su matrimonio antes de que fuera demasiado tarde. Pero no sabía cómo hacerlo. Estaba atrapada en una jaula y no sabía como salir de ahí.

Buscando un escape de la monotonía, convenció a Pedro para que le permitiera hacer viajes semanales al pueblo. La parroquia ofrecía clases de alfabetización, un faro de esperanza en su existencia por lo demás mundana.

- ¿Y pa' qué vas a aprender a leer, Emma? ¿Le vas a leer a las gallinas?", dijo Pedro con una sonrisa burlona. Emma tragó saliva, sintiendo una punzada de resentimiento.

Pedro finalmente cedió, viendo los viajes de Emma al pueblo como una oportunidad para evitar las cada vez más acaloradas discusiones que surgían cuando llegaba a casa ebrio.

El primer día de clases fue desalentador. Emma no estaba segura de qué esperar. Sabía las letras, ya que sus hijos se las habían enseñado cuando empezaron a ir a la escuela. Pero nunca había leído de forma independiente y sus habilidades de escritura se limitaban a su propio nombre.

La pequeña oficina parroquial rebosaba de vida, un oasis de aprendizaje en medio del árido pueblo. Cuatro personas se sentaban alrededor de una mesa rústica, cada una con su propia historia y sueños: dos mujeres, una de mediana edad con ojos cansados □ Una joven con una sonrisa tímida, y dos hombres jóvenes con miradas llenas de determinación."

"Bienvenida, soy Melina, tu profesora", la saludó una voz, perteneciente a una joven alta y delgada con llamativos ojos azules y un acento peculiar. Más tarde, Emma se enteraría de que provenía de una tierra lejana. "¿Eres Emma, ¿verdad?"

-Si, Emma Sarmiento de López- le dijo tímidamente mientras sus mejillas pasaban del rosa al carmesí ardiente.

"Tu solicitud dice que sabes las letras, pero no sabes leer", -aclaró Melina, con un tono impregnado de comprensión más que de juicio-.

"Sí"- admitió Emma en voz baja, con un tinte de vergüenza coloreando su voz mientras retorció su falda con una de sus manos.

"No te avergüences", le aseguró Melina. "Todos estamos aquí por la misma razón. Ninguno de nosotros sabía leer antes, pero Lorena y Abigail ya lo dominan. Actualmente están cautivadas por una novela, y Marcos y Efraín también están progresando significativamente. Pronto también se adentrarán en las novelas"- explicó Melina con un toque de orgullo,

mientras sonreía ampliamente a sus alumnos al otro lado de la oficina.

A medida que avanzaban las semanas, la confianza de Emma se disparó. Para asombro de su marido, regresó a casa tres semanas después con un libro bajo el brazo. "¡El Principito!", - exclamó, con los ojos brillantes de emoción- "A las gallinas les encantará"- agregó en tono juguetón, colocando el libro en su mesita de noche-.

La siguiente semana no fue al pueblo, se sumergió en la lectura del libro, se sentía tan identificada, se sentía sola, con la necesidad de un amigo, de que alguien la amara y le dedicará tiempo se imaginó siendo la rosa amada del principito y por otra parte pensó lo bonito que sería viajar y conocer otros pueblos, países o planetas como el principito o como Melina que había viajado tanto...

Emma devoraba libros como si fueran manjares exóticos, cada página la transportaba a un mundo nuevo y emocionante. En las tardes, después de clase, se acurrucaba con Melina, escuchando con fascinación sus historias de un país lejano, de una familia amorosa y de un novio que la esperaba al otro lado del océano. La calidez de las palabras de Melina contrastaba con la frialdad de su propia vida, avivando aún más su deseo de escapar.

-Es vocación, me gusta enseñar-dijo Melina con un toque de humildad, con la voz enmarcada por la emoción-, ayudar a las personas, es mi vida.

-Y... ¿Puedo hacerlo?, ¿Viajar a otro país? - le pregunto tímida Emma-

-¡¡¡Por supuesto! tú puedes hacer lo que quieras. - Dijo Melina esbozando una gran sonrisa. Ella en verdad lo creía.

- ¿Usted emm, ... perdón... ¿Usted me ayudaría? ¿A viajar, a.... irme...? - esas últimas palabras de Emma salieron rápidas, disparadas, como si tuviera que sacarlas de adentro, como una traducción del más fuerte anhelo de su alma. Y una vez dichas no hubo marcha atrás: ¡Tenía que hacerlo!

CAPITULO 2

El camino de regreso a su casa esa tarde parecía diferente, con más vida, las flores silvestres de colores vibrantes alfombraban el suelo, liberando un perfume embriagador que invadía los sentidos, Emma no estaba segura de haber visto ese lugar así antes, recordó mientras lo recorría con paso lento y melancolía de lugares lejanos.

En su casa la ensoñación se transformó en realidad: ¿cómo decirle a Pedro, que se iría? ¿Cómo expresar que deseaba ver el mundo, que no

había nada en esa finca que la retuviera? Él no la entendería, estaba segura de eso, él nunca había salido de su pueblo, nunca había querido nada más, además ella era su mujer, su posesión. Acaso ¿Sería mejor no contarle y partir un día sin decir adiós? Este pensamiento le pareció poético, aunque algo en su interior se estremeció de miedo.

Las mañanas siguientes no se sentían tan rutinarias, en medio de sus actividades, el inicio de la logística para sus planes se puso en marcha. Como primer paso necesitaba dinero, era la primera vez en su vida que esa necesidad la agobiaba. Pero esto no iba a ser un impedimento para concretar sus planes, ella había nacido para ver el mundo y por su vida que lo haría.

Tenia algo ahorrado de lo que su hija mayor le regalo un año atrás, pero no era mucho. Así que sin darle mas vueltas al asunto decidió plantar mas hierbas medicinales, de las más costosas y flores ya que el recuerdo del aroma del camino a casa seguía presente en su memoria. Rosas, decidió de todos los colores para que no estén solas, para que ella no se sintiera tan sola. Al cabo de unos meses las vendería en el mercado del pueblo.

Una tarde encontró un panal de abejas: "un tarro de miel pura se puede vender a buen precio" pensó y se puso manos a la obra, no salió ilesa de su aventura apícola, las manos hinchadas y adoloridas, la respiración agitada y el rostro pálido por el miedo, pero bien valió la pena cuando la vendió.

Al correr de unos meses había ahorrado suficiente para su viaje a la capital, había progresado mucho en su lectura y en su escritura, estaba leyendo obras de literatura universal y escribía pequeños ensayos sobre las mismas, se mantenía ocupada entre el huerto, el cuidado esmerado por sus flores, -pues le encantaba pasar tiempo en su rosal-, en la escuela y sus planes, prácticamente no veía a Pedro en esos días. Pedro... todavía tenía pendiente la conversación con Pedro. Ya no podía posponerlo más. Sintió la imperiosa necesidad de contarle sus planes, aunque en su corazón sabía que se opondría.

Pedro no es una persona mala-pensó Emma- solo una persona equivocada, su educación y valores los aprendió en una familia cuyo padre autoritario no permitía opinión de las mujeres o de sus hijos pequeños, a su parecer la idea del matrimonio para él fue una esperanza de liberarse su padre. Era un niño todavía cuando se casó, - los dos éramos unos niños- susurro Emma para si misma y para sus rosas, con un suspiro.

"Tenes un amante"- Grito Pedro- "crees que no me he fijado, ¿porque plantaste rosas de la nada?, ¿Por qué pasas todas las mañanas allá, sonriendo y leyendo?, ¡¡Es porque Tenes un amante!! Por eso vas mas

seguido al pueblo, Tenes otro hombre, Emma no lo niegues....

Emma abrió los ojos ante semejante acusación, de la nada Pedro empezó a gritar cuando cruzaba la terraza antes de ingresar a la casa, mientras tiraba al suelo lo que iba encontrando, - "está ebrio"- razono Emma, mientras salía de la cocina. Pero la verdad era otra, no había ingerido alcohol ese día, no estaba ebrio, en realidad estaba iracundo y eso le genero un pavor que hizo que su piel se erizara y el corazón diera un salto.

Miedo, Emma siempre le tuvo miedo, esa es la verdad de su matrimonio y una vez se fueron sus hijos de casa, se había vuelto mas palpable, cada vez deseaba estar muy lejos de ahí. Y en este momento, viendo los ojos de su esposo negros, oyendo su voz rasgada por la rabia y vio que ante sus ojos sus miedos más profundos se hacían realidad.

Estaba de pie, frente a él, sintiéndose pequeña, indefensa, frustrada, había tantas cosas que quería gritarle de vuelta, gritarle lo equivocado que estaba, lo atrapada que se sentía, lo libre que soñaba ser, pero su cuerpo la traicionó y de su boca no salió el más mínimo sonido.

Sangre... Dios es sangre- por fin dijo Emma mientras sentía el calor de la sangre descendiendo por su rostro. En ese momento sus rodillas se doblaron haciéndola caer al suelo, su valentía interior de las semanas anteriores se desvaneció en ese momento, Sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras un sollozo ahogado escapaba de su garganta.

Pedro se giró y salió de la casa sin mirar atrás, convencido de que había encontrado la prueba de la infidelidad de su esposa., empeñado en buscar al amante en el salón parroquial del pueblo, donde sus amigos de tragos le dijeron que lo encontraría, Emma era su propiedad y nadie podía tan siquiera dudarle. Era tal la ira que nublabla su juicio que no se enteró que Emma por esquivar una lámpara que él lanzó, se golpeó fuertemente la cabeza contra una viga y yacía en el piso, consciente pero indefensa.

Emma permaneció inmóvil en el suelo, aturdida por el golpe. La sangre manchó su vestido blanco, creando un contraste macabro con su rostro pálido, con mucha dificultad se arrastró hacia hasta su cuarto, de su mesita de noche saco una hoja de papel, tomo un bolígrafo y escribió: "Melina: gracias por enseñarme, por darme un escape en los libros, siento que aquí termina mi viaje, pues tristemente no soy una rosa y tristemente no tengo un Príncipe que me cuide, yo..."- aún estaba escribiendo cuando se desmayó. Sus últimas palabras fueron un reflejo de su alma, llenas de tristeza y resignación. Emma había perdido la esperanza de escapar de su vida miserable viajando, pero la muerte también parecía un escape.

Pedro regreso a su casa entrada la madrugada, no había encontrado amante alguno, solo un grupo de mujeres leyendo libros que no servían para nada según él, luego había bebido toda la noche en el mismo bar con las mismas personas de siempre. No vio a Emma, no vio la sangre en el salón, no vio nada que llamará su atención.

A la mañana siguiente, fue extraño no ver a su esposa, vio a través de la ventana de la cocina hacia su jardín, pero no estaba, no recordaba haberla escuchado durante la mañana, se dirigió al salón, en ese momento vio sangre, mucha sangre y su borrachera desapareció del todo.

Rápidamente se dirigió al cuarto de Emma, la puerta estaba abierta y la vio su cuerpo derrumbado cerca de la cama, con una hoja de papel en su mano, en ese momento al ver a su esposa bañada en sangre la realidad lo golpeó con fuerza, acerco su mano a la nariz de su esposa: todavía respiraba. No supo cuánto tiempo transcurrió entre su casa y el hospital, no supo explicar el motivo del golpe de su esposa, ni cuanto tiempo llevaba inconsciente, ni como había pasado, en realidad no sabía nada, la última vez que la vio en el salón estaba de pie frente a él, se decía tratando de convencerse a si mismo que esto no tenia nada que ver con él.

El médico tardo varias horas en dar un parte: "Señor López, quisiera tener buenas noticias para usted, pero la verdad es que su esposa esta muy delicada, paso mucho tiempo sin ser atendida, el sangrado de su cerebro es muy fuerte y ya es imposible que se recuperé, si la hubieran traído antes..." -Pedro no supo que más dijo el médico, lo escuchaba hablar, pero no entendía, el doctor le repitió: "es mejor hablarlo con la familia para que estén preparados y vengam a despedirse de ser posible."

Y así sin más, Emma Sarmiento de López falleció a causa de un golpe tres días después, acompañada por sus hijos en una cama de hospital, sin haber cumplido sus sueños de viajar, sin haber vivido una vida plena, con muchos sueños y anhelos pendientes.

En cuanto a Pedro nunca supo a ciencia cierta su participación en el accidente de su esposa -aunque lo sospechaba- encontró el dinero ahorrado por Emma entre sus cosas y la carta a Melina, gasto en licor el dinero y entrego la carta en el salón parroquial a Melina. Luego siguió con su vida normal bebiendo tranquilo ya que nunca más lo llamarían cornudo.

Melina por su parte entristecida por el final de su alumna, se prometió vivir una vida plena todos los días, afianzó su vocación a la enseñanza y cuando se caso y tuvo una hija la llamo Emma, prometiendo en su corazón que la llevaría a conocer el mundo.

Fin